

LA PICARESCA EN LA SOCIEDAD TRADICIONAL (JAÉN: SIGLOS XVI-XIX)

Por *Dámaso Chicharro*
Universidad de Jaén.
Instituto de Estudios Giennenses

RESEÑA del libro *La Picaresca en la Sociedad Tradicional (Jaén: siglos XVI-XIX)*, del que son autores JOSÉ FERNÁNDEZ GARCÍA y JUAN ANTONIO LÓPEZ CORDERO, ed. Jabalcuz, Jaén, 1997.

CONSTITUYE, sin duda, un trabajo especialmente valioso, que en su ligera apariencia externa (207 páginas en letra de razonable cuerpo y aceptables márgenes) no demuestra ni mucho menos los meses, acaso años, de trabajo, de paciente y concienzuda revisión de los archivos, que atesora; porque con este título de *La Picaresca en la Sociedad Tradicional* no se nos ofrece, como pudiera creerse a primera vista, un estudio literario, ni mucho menos, sino una visión por dentro del mundo real, de la vida cotidiana de Jaén en los siglos XVI, XVII, XVIII y hasta algo del XIX, ya que lo que se observan, con delectación morosa y cumplida, son las formas de vida de los giennenses o circunstanciales visitantes que rozan el límite de lo legal, que se mueven en el filo de la navaja más por necesidad que por gusto.

Habría que comenzar este somero análisis partiendo de una cita muy conocida de Camilo José Cela que, en *La familia de Pascual Duarte*, dice así: «Los mismos cueros tenemos todos los mortales al nacer y sin embargo, cuando vamos creciendo, el destino se complace en variarnos como si fuésemos de cera y en destinarnos por sendas diferentes al mismo fin: la muerte». En efecto, el hombre, desde tiempo inmemorial, se ha sentido como lanzado al mundo y, viviendo en «los mismos cueros que los demás», aventurero único,

buscando indefectiblemente –y aun a su pesar– la muerte insoslayable. Pero en el transcurso de su existencia se ha encontrado con muy diferentes formas de «sobrellevar» la vida. Y así se dan estas actitudes parasociales de emergencia y subsistencia que son las que ellos, José Fernández García y Juan Antonio López Cordero, han analizado como actitudes picarescas o paralegales, en cierto modo fruto de una voluntad de necesario desclasamiento, sentida individualmente en José de San Rafael por ejemplo, pero compartida con escasas variantes por todo el cuerpo social giennense y español.

El libro comienza con un interesante prólogo del doctor Luis Coronas Tejada. Después de una Introducción sobre la Picaresca en general y la explicación del plan de trabajo, los autores (ahora «el autor», pues confiesan que la primera parte es obra de José Fernández y la segunda de López Cordero) se centran de lleno en el estudio de la sociedad y economía giennenses de aquellos siglos, haciendo hincapié en cómo las que hoy sentimos como transformaciones rapidísimas del mundo, en aquellos años de lento devenir apenas constituían sino levísimos instantes de remotísima calma, en los cuales, generación tras generación, padres e hijos iban comportándose de la misma manera para llegar a ese acompasamiento fúnebre de la muerte; es decir, no había realmente cambio o lo era en muy escasa medida. Tuvieron que pasar los siglos precedentes, hasta llegar casi a la segunda mitad del siglo XX, para que la sensación de cambio rápido –y hasta vertiginoso– se instalara en la sociedad giennense.

Los autores, José Fernández García y Juan Antonio López Cordero, han intentado aquí viviseccionar un mundo que no por sabido o no por intuitivo –nunca suficientemente conocido en su íntima fibra– deja de levantársenos de bulto redondo, con vida propia, cuando lo tenemos apresado entre las doscientas siete páginas de este completo volumen. Es el mundo de la marginalidad que, en efecto, tuvo su reflejo literario en la Picaresca de nuestros siglos XVI y XVII, y que aquí vemos en pícaros de idéntica calaña, que podrían ser llevados a las tablas del teatro o a las páginas de la novela, como lo fueron Lázaro de Tormes o Guzmán de Alfarache. El caso del pícaro José de San Rafael o de San Bernardo, estudiado aquí con todo detalle por José Fernández García, es un ejemplo suficientemente revelador de la picaresca real, que subyace siempre, pero apenas entrevista en los libros de historia convencional. La vida de este pícaro se va recorriendo en todo el complejo entramado de su realidad, aunque nos parezca una novela, desde su comienzo en Sevilla, la época en que es recogido documentalmente, hasta que

concluye en la provincia de Jaén, no sin antes haber pasado por la Baja Andalucía, luego por Córdoba, donde existe también abundante documentación sobre él, tras haber llegado de nuevo a Cádiz, a Villamartín en concreto y, por fin, a Andújar, en nuestra provincia.

Nos encontramos ante un pícaro de cuerpo entero, descrito y perfilado con todos los datos que una buena novela del género habría pergeñado; sólo que en este caso son estrictamente reales, documentados hasta la saciedad en los archivos habidos y por haber, pero que parece, sin duda –y ello dice mucho de la calidad «literaria» de la obra– un personaje de ficción. Si se nos privara de las citas documentales de los muy diversos archivos donde consta la documentación acerca del personaje, creeríamos, sin la menor duda, estar ante un elemento de evidente y amena literatura, de ficción metanovelesca al menos. En cambio sabemos bien que fue un personaje real, de carne y hueso, de los muchos que pululaban por aquellos ámbitos en los confusos años finiseculares del XVII e inaugurales del XVIII, años de final del Barroco y atisbo tímido de la Época Ilustrada. En la primera mitad del siglo XVIII es cuando se desarrolla la vida José de San Rafael, protagonista principal –que no único– de la primera parte del libro. Asimismo nos parece muy interesante el estudio de Francisco de Navas, otro pícaro «eclesiástico» donde los hubiere, así como la picaresca, en general y sin comillas, de algunas instituciones eclesiásticas, como el caso documentado de los clérigos contrabandistas o la falsificación de moneda en los conventos, y otras formas de picaresca real, ni utópica ni ucrónica, sino inserta en el mundo vivo de la sociedad giennense, pobre y sufrida, que, como signo de la España real que tantas veces se nos dice, languidece en busca de nuevos tiempos que, a diferencia del tópico, sólo por serlo (nuevos) ya son mejores. Es la sociedad amiga de las formas pero espiritualmente huera, espléndidamente estudiadas por José Fernández García.

Véase como ejemplo de su modo de captar la realidad el siguiente párrafo, en el cual se plasma el estilo del profesor Fernández García en su manera de ver el mundo de la picaresca como correlato y proyección de algo más, de donde extraer la correspondiente consecuencia de valor universal. Dice así: «Cuando esto sucedía, y aunque el asilado fuera el más abyecto delincuente, la Iglesia, en ese pulso tácito que siempre sostuvo con el poder civil, reclamaba la potestad y sanción del acogido. Al tener las autoridades laicas como espada de Damocles el peligro de la excomunión, que era la mayor de las amenazas en una sociedad estructurada con vínculos fun-

damentalmente religiosos, siempre acababan declinando de sus derechos, remitiendo los expedientes de los delincuentes, que pasaban a engrosar los sumarios incoados por los jueces eclesiásticos y permitiendo que éstos juzgaran e impusieran las sanciones que, dicho sea de paso, siempre fueron más benévolas que las que emanaban desde los tribunales laicos. No es, pues, de extrañar que, conocidos los comportamientos de las dos jurisdicciones, los infractores de leyes propias del derecho común intentaran por todos los medios que sus causas o procesos pasaran a la competencia jurisdiccional eclesiástica».

Como vemos, de la vivisección real del pícaro José de San Rafael se extraen las consideraciones históricas pertinentes acerca de la evolución de la historia general de Andalucía, de España o, incluso, de la historia eclesiástica o general, sin otro calificativo, que no precisa.

Nos encontramos, pues, ante un libro de lo menudo, de lo concreto, de esa vida de los seres que no tienen historia que, en cambio, conforma la auténtica intrahistoria, más veraz, en el sentido unamuniano del término. Evidentemente, en aquellos siglos hay que contar con la Iglesia como elemento fundamental, ya que en torno a ella se erguían una serie de personajes, insertos en su organización formidable y temida, como diría Machado muchos años después, bastante más rodada y experimentada en el tiempo, que tenía esa especie de juez general que era el párroco, en torno al cual se desarrollaban toda una serie de notas picarescas que él pretendía controlar y que el autor va desgranando poco a poco, en una especie de concierto literario, que nos lleva desde las andanzas más singulares de José de San Rafael a un pícaro –diríamos– más serio como Francisco de Navas. El libro va desarrollando la vida en su auténtica viviscencia de lo real, de cómo funcionaban los tribunales eclesiásticos, que sustituían, en buena parte, a los civiles, de cómo aquella justicia era capaz de influir tan directamente en la sociedad y actuar sobre aquellos pobres pícaros en función de sus disponibilidades monetarias concretas, tanto como en las verdaderas instituciones, que se permitían el lujo, sencillamente, de vivir y de actuar –siempre, y éste es el dato revelador– según las disponibilidades económicas de los futuros justiciables. Vale decir: en el libro se demuestra cómo los jueces, eclesiásticos o civiles –que tanto da– actúan de una u otra manera según la entidad económica de los sujetos a su justicia, en lo cual no parecen haber cambiado mucho los tiempos. Así nos encontramos con casos tan curiosos como el constante peloteo de papeles de un servicio judicial a otro por el solo hecho de conse-

guir elevar las costas procesales hasta el máximo y, en definitiva, comerse todo el capital de la persona que recurría a la justicia. Es algo que hoy todavía seguimos viendo, pero acaso con mayor disimulo.

La parte que corresponde a Juan Antonio López Cordero es tal vez más variada, porque se refiere a otros tipos de picaresca, que van desde la picaresca municipal o la de agricultores y ganaderos, a aquella que se desarrolla en torno a las tierras, las caballerías, y, sobre todo, el espléndido capítulo de la picaresca en el cerdo, auténtica «institución» familiar y social del momento, desarrollada con verdadera maestría por el profesor López Cordero. Por supuesto, no rechaza otras formas de picaresca menor, como la que se ejercía en torno al ejército y las quintas, con aquellas frecuentes levadas que constituían verdaderas sangrías de la población, que rechazaba con todas sus fuerzas todas estas levadas «de sangre y muerte» y recurría a mil y un engaños para librarse de ellas, bien mediante el dinero, lo cual suponía altísimas sumas, bien mediante la huida, convirtiéndose en prófuga una buena parte de la población en edad militar, bien mediante el engaño puro y crudo, que da lugar a estas actitudes picarescas en el ejército.

Por supuesto analiza una picaresca endémica: la del contrabando, que da también motivo y luz para una serie de comentarios auténticamente reveladores del entramado social al margen de la ley, que no puede vivir de otra manera y que, como en la picaresca literaria, más produce pena que ánimo sancionador en quien lee. Ahora bien, con todo y pese a la importancia de la picaresca en el cerdo en una zona en que se le tenía por elemento de particular satisfacción gastronómica e incluso como representante de las auténticas señas de identidad frente al musulmán en tierra de frontera, pese a todo ello —decimos— es el análisis del pícaro de mala vida el que a nuestro juicio posee un mayor soporte documental y, por supuesto, un mayor interés desde un prisma estrictamente literario. Me refiero al pícaro mujeriego, al alborotador, a los mendigos y luego ya a la «picaresca carnal», que fue siempre una forma peculiarmente hispana, reflejada desde antaño en nuestra literatura de todos los tiempos, que no tuvo solución en la España de aquellas épocas y que parece no tenerla jamás. En ese sentido, son interesantísimos los textos que rescata, de los cuales pondremos estos dos como ejemplo. Dice López Cordero en página 177: «Otra pandilla estaba formada por algunos clérigos de órdenes menores, a los que se le unían seglares, dedicados a alborotar por las calles durante la noche, 'haciendo muchas quimeras e ynquietudes tocando barios instrumentos conque escandalizaron esta çiudad

y atemorizaron los ánimos de algunos'». No parece sino que nos hallamos ante cualquiera de las noches de fin de semana, en que las pandillas, ahora no formadas por clérigos menores, porque no los hay en tanta proporción, sino por jóvenes tan alborotadores como aquéllos, viven en la misma tesitura, de lo cual son más que conscientes y sabedoras las grandes y pequeñas ciudades.

Asimismo, se habla del clérigo borracho con mucho detalle. Se citan casos muy concretos; entre ellos el que más nos llama la atención es el de un presbítero denunciado ante su obispo cuando ya los insultos llegaban a proferirse contra mujeres de forma tan burda como el llamar por la calle públicamente –el clérigo a la mujer– «puta», y siendo respondido en idéntico tono, según se deduce del testimonio presentado. «Según la denuncia –dice López Cordero– el comportamiento de este eclesiástico era tal, que buscaba la pendencia y el alboroto en el pueblo, incitando a unos contra otros para pleitos a base de chismes e indisposiciones, siempre en reuniones nocturnas 'donde se apuraba mucho vino'. Era una diversión que le llevó también a ingeniar músicas y coplas 'insolentes', las cuales eran cantadas en grupo por la noche, dedicadas a muchas personas, siendo él el caudillo y apuntador». O, como en algún otro momento se nos dice, potencian, como en la picaresca literaria, el valor del insulto entre ellos mismos, que se llamaban «pícaro drope». Esta expresión (pícaro drope) nos hace ver que, en efecto, ellos se consideraban a sí mismos como pícaros, lo cual viene a reforzar y conferir absoluto sentido al título general de la obra: *La picaresca en la Sociedad Tradicional*.

Se nos cuentan, como no podía menos de ser, frecuentes casos de picaresca carnal, como el de Bartolomé de Troya, soltero de treinta y siete años, de oficio aladrero, cuyo delito era de «incontinencia y amistad ilícita con una mujer». Esta incontinencia y amistad ilícita se entiende por el habitual abarraganamiento que había existido desde siempre y que los documentos judiciales nos ponen a las claras.

Estamos, pues, ante un libro que analiza la intrahistoria, las pequeñas cosas de todos los días, la delincuencia o la paradelincuencia, y que nos hace ver cuán poco han cambiado ciertas circunstancias en lo fundamental, aunque hayan mutado en lo accesorio. La sociedad contemporánea, según vemos en las conclusiones, no es tan distinta de aquella otra: «Vivir plenamente no es el puro gozar, como dicen, propio de los celestes ámbitos y de los afortunados personajes, sino beber la terrena dulzura de la vida en la que está

disuelto un dejo de dolor, que no ha de ser mucho ni poco, sino lo que debe ser, para que sea inefable, valga la paradoja».

Nos encontramos ante un libro ambientado y vivido en Jaén y desde Jaén, producido por profesores de Jaén que han manejado fundamentalmente los archivos giennenses aunque, por supuesto, no dejan de aparecer otros muchos centros de donde se ha extraído material. Pero, si nos fijamos un poco en las fuentes y bibliografía, propiciadas fundamentalmente por el Archivo Histórico Diocesano de Jaén, sección penal, Archivo Histórico Municipal de Jaén, Archivo de la Diputación Provincial, además de los nacionales que hacen al caso, como el Archivo de Simancas, incluso, o el de la Real Chancillería de Granada, constataremos la voluntad local del estudio, emanado también de los archivos de Úbeda, Pegalajar y Jaén capital, como hemos visto. Ellos son fuente y base de este importante estudio de historia, que nos hace ver cómo era la vida de nuestros antepasados de forma mucho más perfecta que si nos enterásemos mediante un libro que tratara de los grandes hechos. Aquí se trata de la menudencia, de la vida real, de esa vida diaria que se ejemplifica en personajes absolutamente anónimos, como Isabel de Adán o María Salvador, que nada dicen a los grandes historiadores, pero que dirían mucho a las personas que con ellos vivieron, y que ejemplifican a todos, que nos hacen ver a distancia los dimes y diretes o el deambular geográfico de un personaje «emblemático» (!) como José de San Rafael, y que nos manifiestan cómo era la vida de un personaje como Alonso Montero, otro anónimo rescatado, puesto en libertad por el corregidor de Jaén. Estos nombres, Francisco Lario, Alonso Montero, Juan López, nada nos dicen hoy, nada dirán a los historiadores, pero conforman el entramado de la historia real de un pueblo, que conocemos hoy muchísimo mejor después de la atenta lectura de este libro, que tanto enseñará a los giennenses.

La Picaresca en la Sociedad Tradicional está referido, evidentemente, como dice en subtítulo, al Jaén de los siglos XVI-XIX. Si un historiador debe poner a los hombres actuales en contacto con lo que fueron los siglos pasados, probablemente esa tarea no se habrá conseguido respecto a Jaén y los giennenses de otrora de forma tan perfecta como se consigue al leer este libro de los profesores José Fernández García y Juan Antonio López Cordero. Contribuciones como ésta permiten que lleguemos al fondo de la auténtica intrahistoria, que debe, si duda, ser mucho más que la historia de los libros al uso, a las veces centones de documentación fría que nada o muy

poco nos dicen de nosotros mismos. Debemos concluir este comentario con otra cita pareja del propio Camilo José Cela con que abríamos esta reseña. Dice en *La familia de Pascual Duarte*: «Yo pienso que el orden es algo alegre, vivo y luminoso; lo que es triste y muerto y opaco es lo que suele darse, fraudulenta y enfáticamente, por orden, cuando en realidad no pasa de ser un vacío. El firmamento es un hermoso prodigio de orden. El orden público, por el contrario, no es más cosa, con harta frecuencia, que un caos silencioso». Efectivamente, ese caos silencioso ha sido la historia de estos siglos. Y libros como el que tengo en las manos contribuyen a verter sobre el caos siquiera una mínima luz para que los hombres futuros entiendan más ese orden alegre, vivo y luminoso –vital, en una palabra– del que hablaba Cela. Porque la variedad temática ejemplifica mejor el sentido de lo auténticamente vivo y la historia se ilumina a trechos con los informes silenciosos que acaban por hablarnos al corazón.